

Zeitschrift: Textiles suizos [Edición español]
Herausgeber: Oficina Suiza de Expansión Comercial
Band: - (1946)
Heft: 3

Artikel: Algunos datos sobre los más antiguos tejidos
Autor: Pittard, Eugène
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-797883>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

Download PDF: 04.04.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

TEXTILES SUIZOS

Revista especial de la

1946

Oficina Suiza de Expansión Comercial, Zurich y Lausana

Nº 3

REDACCION Y ADMINISTRACION: OFICINA SUIZA DE EXPANSION COMERCIAL, APARTADO 4, LAUSANA

«Textiles Suizos» aparece 4 veces al año.
(Véase página 60 g.)

Redactor jefe: CHARLES BLASER, Lausana.

Sumario General: página 60 a. — Índice de los anunciantes: página 60 f.

Publicaciones de la Oficina Suiza de Expansión Comercial: p. 60 h. — Informes sobre la producción suiza y diversos: p. 60 g.

ALGUNOS DATOS SOBRE LOS MÁS ANTIGUOS TEJIDOS

Ha sido precisamente Suiza, quien, por primera vez dió a conocer en el continente europeo la existencia de los má antiguos tejidos primitivos. Estos provienen de una época ya asaz lejana y que pertenece a la prehistoria: trátase de la edad de la piedra pulida.

El descubrimiento de las viviendas lacustres tuvo lugar, según puede verse en cualquier Manual, durante el invierno de 1853-54. Hubo entonces un descenso excepcional del nivel de aguas en el lago de Zurich, dejando al descubierto en Obermeilen un gran número de pilotes, entre los que se recogieron astas de ciervo y osamentas con trazas evidentes de haber sido utilizados, cacharros de barro, utensilios de pedernal y de piedra pulida.

Cierto es, que ya por dos veces habían sido señalados hallazgos semejantes. Primero en 1829, durante los trabajos de excavación para dar mayor profundidad al pequeño puertecillo de Obermeilen; y en los años 1843

y 1844, en Männedorf, — otra localidad a orillas del lago de Zurich — donde se llevaron a cabo trabajos de orden similar. Ambas veces se comprobó la presencia de postes o estacas plantados en el cieno, entre los que se recogieron objetos de piedra e instrumentos hechos de asta de venado, pero nadie cayó en la cuenta de la importancia de dichos hallazgos.

Fué al maestro de escuela de Obermeilen, Don Juan Aeppli, a quien cupo el honor de revelar (en 1853) una cosa hasta entonces ignorada, y que, considerada científicamente, llegó a adquirir la importancia de un acontecimiento prodigioso; a Don Fernando Keller, del Museo de Zurich, es a quien se debe la interpretación científica de los hallazgos señalados por Aeppli.

Cuando Fernando Keller hubo comprobado que se trataba de un estado de civilización muy avanzado relativamente y que hasta entonces había quedado desconocido, la noticia estalló como un trueno en el mundo de

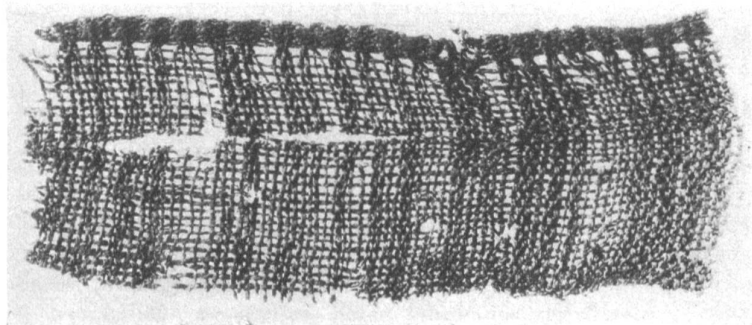


Fig. 1 Tejido de lino (principio de la pieza) descubierto en la estación lacustre de Robenhouden (Zurich); Museo Nacional Suizo (Tamaño natural).

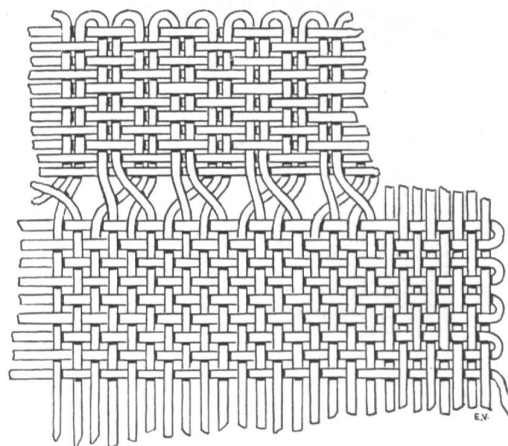


Fig. 2 Esquema de la textura de partida y del orillo del tejido representado en la figura 1.

los sabios. Apenas este descubrimiento sensacional se hubo divulgado, los arqueólogos se pusieron a la tarea en todos los lagos de la Altiplanicie Helvética. Y bien pronto, descubrimientos de gran resonancia fueron inscribiéndose en los anales suizos y mundiales.

Entre esos lugares habitados que pronto iban a ser célebres, el de Robenhausen, a la orilla del lago de Pfäffikon, llegó a ser uno de los más importantes. También es aún hoy uno de los más conocidos, debido especialmente al hallazgo de tejidos, cuyas muestras bien pronto avaloraron las vitrinas de todos los museos de Europa y de América.

La época neolítica (edad de la piedra pulida) debe ser considerada como la mayor entre todas las revoluciones sociales sobre las que la historia haya inscrito — e inscribirá jamás — los acontecimientos. Fué entonces, cuando los hombres, que desde hacía varias cincuentenas de millares de años habían sido cazadores, se transformaron en agricultores y en pastores. Aquellos nómadas, de radio de acción probablemente bastante restringido, se transformaron en sedentarios. Desmontaron, talaron, labraron la tierra y sembraron. Desde esta época se verá gradualmente edificarse ciudades y, con ellas, instaurarse una vida colectiva que no volverá ya a ser exigua. Una moral, nacida del estreñimiento social — obligado en toda aglomeración humana — será con el tiempo el origen de lo que llamamos el derecho.

Estas transformaciones que, como tenemos que repetir, no admiten parangón con ninguna otra, y que trastornan tan a fondo la humanidad, ¿a quién se las debemos?

Según el estado actual de nuestros conocimientos, debe admitirse que se trata de manifestaciones de grupos humanos que, a través del Oriente europeo, vinieron de la inmediata Asia, de ese continente, donde, en estado espontáneo se dan aquellos cereales (trigo, cebada, mijo) que fueron en Europa los elementos de base para el pan de cada día. También es a esta misma humanidad a quienes debemos los primeros animales domésti-

cos, el perro en primer lugar — que ya aparece en la precedente época mesolítica — y, posteriormente, el buey, la oveja, la cabra, el cerdo.

Esos recién llegados son los que enseñaron a nuestros antecesores a cultivar el lino, a recojer la lana de las ovejas, a fabricar los primeros tejidos que fueron conocidos en Europa, las primeras prendas que pudieron realmente llamarse vestidos. Para luchar contra la intemperie, hasta entonces los hombres no habían tenido a su disposición más que las pieles de los bichos. No sabemos nada de la forma que tuvieron para emplearlas. Indudablemente llegaron a confeccionar verdaderos vestidos con esas pieles, pues se han podido encontrar agujas fabricadas con esquirlas largas de hueso, preparadas con el mayor cuidado, aguzadas con el mayor esmero. Estas agujas estaban ya provistas de su ojo para enhebrarlas. Como hilo de coser empleaban tendones de reno finamente desgarrados a lo largo. También se han encontrado objetos de hueso o de asta de los que se admite que se trata de botones.

Así pues, estos hombres de la edad de la piedra tallada han debido ser los primeros sastres, los más antiguos modistos. Pero nuestra imaginación no alcanza más allá de lo que acabamos de decir, ya que objetos tan perecederos como son las pieles no han podido conservarse en el interior de las cavernas, que por entonces eran las viviendas humanas.

En todo caso, para la historia del tejido y de los vestidos, ha sido una suerte inesperada el que en tiempos posteriores los hombres construyeran sus viviendas sobre nuestros lagos. Ninguno de los objetos difíciles de conservar, que encontramos entre el cieno, en un estado de conservación relativamente bueno, hubiese podido llegar hasta nosotros de encontrarse en tierra firme. Efectivamente, todas las substancias orgánicas — en este caso se trata del lino y de la lana — al quedar expuestas al aire libre, desaparecen rápidamente bajo la acción disolvente de la atmósfera, de la lluvia, o de las aguas de infiltración. Protegidas contra la acción del

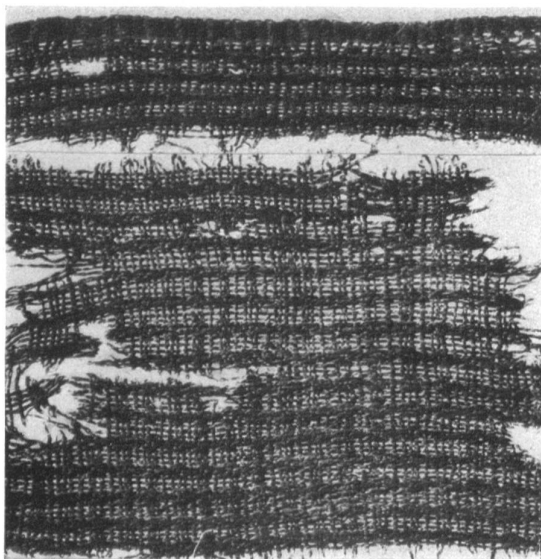


Fig. 3 Anverso de un tejido rayado, con orillo de partida, de la estación palafítica de Robenhausen (Zurich); Museo Nacional Suizo (tamaño natural).

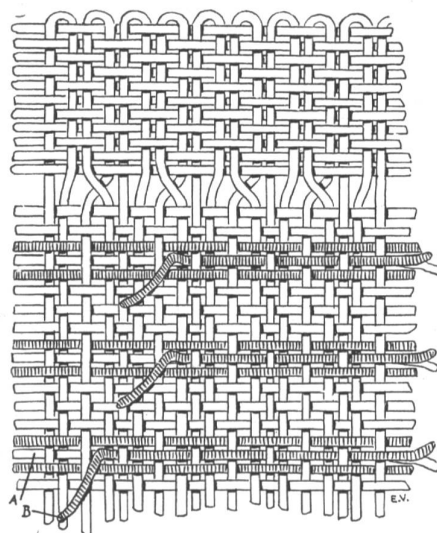


Fig. 4 Esquema de la textura del tejido de la figura 3.

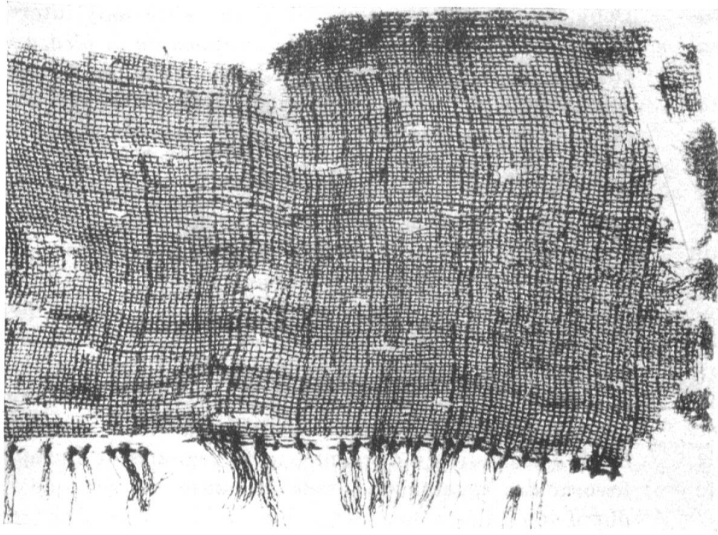


Fig. 5 Tejido fino de lino, con franjas y con vestigios del orillo lateral, de la estación de Robenhausen (Zurich); Museo Nacional Suizo (tamaño natural).

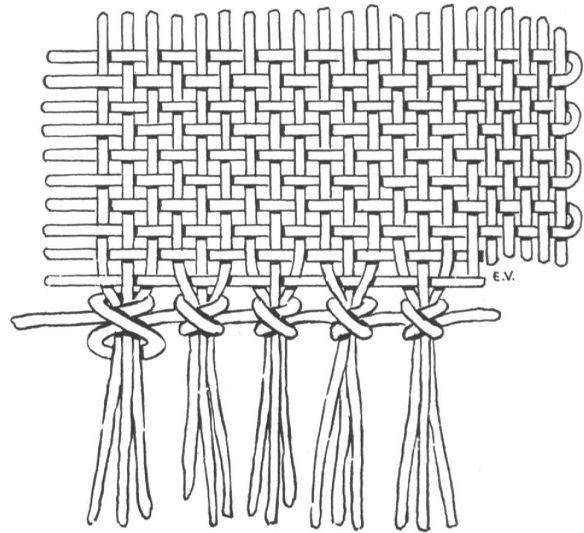


Fig. 6 Esquema de la textura del tejido de la figura 5.

aire por una capa de cieno y por un espesor más o menos grande de agua recubriendo el cieno, las más variadas cosas, que sin embargo son de putrefacción rápida, se han conservado hasta nuestra época a través de miles de años. Debido a ello podemos saber cuál fué el alimento vegetal de los hombres lacustres; hemos vuelto a encontrar los frutos silvestres y las simientes que cosechaban.

Y, tratando de lo que ahora nos interesa, estas circunstancias nos han permitido recojer las más primitivas telas confeccionadas.

Nuestros lagos, — aquellos que permitieron la construcción de palafitos — han sido lugares habitados durante la edad de la piedra pulida y durante la del bronce. Al llegar a la época del hierro, que, cronológicamente ya no se encuentra muy alejada de la nuestra, los hombres establecieron sus viviendas en tierra firme.

Ahora bien, para los más antiguos de aquellos hombres, es decir, para los de la época neolítica — ¿cuáles fueron los materiales susceptibles de ser hilados y tejidos?

El algodón de la próxima Asia no parece, en aquella época lejana, haber sido utilizado, ni siquiera por los mismos naturales del país que tiene la suerte de poseer este vegetal. Así es que no puede tratarse de esa fibra, como tampoco puede tratarse de la seda, invento que China conocía ya según se dice, más de 2000 años a. de J. C., pero que tardará muchos siglos en llegar a Europa. (Los Romanos, según dice Plinio, gastaron millones para procurarse la seda de China.) Quedan pues los dos elementos de los que hemos venido hablando, el lino y la lana.

En 1858 se descubrió la estación lacustre de Robenhausen. En 1861, Messikommer descubre en el espesor de las formaciones de turba las primeras muestras que se han hallado de tejidos. Están fabricados con fibras de lino. Durante las excavaciones, que durarán mucho tiempo, se recogieron ovillos que indican la existencia del hilado en forma ya perfeccionada. Y las muestras de los tejidos descubiertos demuestran que la confec-

ción de los tejidos se ha llevado a cabo ajustándose a más de una sola técnica (H. Messikommer: « Los palafitos de Robenhausen », Zurich, 1913).

La lana no parece haber sido muy empleada durante la edad de la piedra pulida. Bien puede decirse que en aquella época aparentemente las ovejas no constituían rebaños importantes.

Pudiera también ocurrir que, en el lecho de cieno, la lana haya sido de conservación más difícil que el lino. Robenhausen no ha sido la única estación lacustre que suministró a los investigadores semejantes muestras de tejidos. Los lagos de toda la altiplanicie: el de Neuchâtel, el de Bienne, el de Morat, al proceder a la corrección y regularización del curso del Aar, que, como consecuencia hizo descender el nivel de estos lagos de una manera muy notable, dejaron en seco partes de estaciones lacustres. Y se descubrieron de nuevo tejidos. También otras regiones de Suiza aportaron igualmente, por sus lagos y por sus turberas, muestras de tejidos. Actualmente, los principales Museos del mundo poseen fragmentos de telas prehistóricas — solamente se trata de fragmentos — que provienen de los pueblos lacustres de nuestro país.

* * *

Sería del mayor interés el poder saber en que lugar de la Tierra fueron inventados los tejidos. Probablemente no llegará nunca a saberse, debido, en primer lugar a la calidad precaria del material empleado (repetimos que no debe olvidarse que el medio conservador constituido por el cieno de nuestros lagos ha sido excepcional). ¿Fué en el Asia próxima, donde se puede encontrar el lino, el algodón, la seda, la lana? ¿Fué en Egipto?...

Debe añadirse que casi todos los pueblos del mundo, allí donde, como producto natural se ha presentado la materia prima, han inventado el tejido — después de

haber practicado el trenzado, que parece haber sido su predecesor y del que puede decirse que constituía su modelo.

No podemos conocer exactamente cuál era el aspecto de esos telares primitivos. Por comparación con lo que actualmente podemos ver en aquellas poblaciones que se han mantenido en el estado más primitivo, podemos representarnos cómo estaban contruidos; sin duda alguna, muy sencillamente, y también podemos reconstituir las diferentes técnicas que fueron aplicadas. Entre el cieno de esas estaciones lacustres se han podido recoger los instrumentos que servían para cosechar el lino: el cuchillo de madera (o de pedernal) que servía para cortar la planta (actualmente se la arranca); los instrumentos empleados para la desfibración. El cardado de las fibras se hacía con los huesos de las costillas de animales, aguzadas y atadas juntas, y probablemente también se usaba ya un peine de cardar.



Fig. 7 Reconstitución de un tejido brochado policromo de la estación de Irghausen (Zurich); tejido de izquierdas a derechas.

¿ En qué forma se enrollaba el hilo, después de hilado, sobre el huso? Quizás se hiciera a mano, como lo practican los pueblos que ahora llamamos salvajes, que enrollan el hilo sobre sus muslos; pero la rueca parece haber sido inventada bastante pronto. En las estaciones lacustres del periodo neolítico empleaban como volante guijarros redondeados y taladrados en su centro, con un agujero por el que pasaba el vástago del huso. En las habitaciones lacustres de la edad del bronce, estas ruecas son ya de cerámica y, a menudo, con una bonita ornamentación formada por incisiones geométricas.

Los tejedores de aquella época lejana habían imaginado ya toda una serie de técnicas variadas: se han hallado varios géneros de tejidos, telas, reps, franjas.

Debe llamarse la atención sobre una obra muy interesante: « *Trenzados y tejidos de la época de la piedra* », consagrada por el profesor D. Emilio Vogt, de Zurich, a los tejidos del periodo neolítico y a las diferentes técnicas que, en aquella lejana época, fueron inventadas para confeccionarlos.

En el volumen citado se encontrarán, con ilustraciones adecuadas que permiten comprender los procedimientos empleados entonces, todos los informes relativos a los detalles de esas técnicas. Ultimamente (en febrero de 1946), la revista « *Ciba Rundschau* » dió, escrito por el mismo autor, un resumen de todo lo que actualmente sabemos sobre tan interesante asunto referente a los tejidos prehistóricos. Este estudio de los más antiguos tejidos europeos no se limita únicamente a la Suiza, sino que ha sido extendido a diferentes otras regiones de Europa, favorecidas igualmente desde el punto de vista de la obtención de esta documentación tan difícil de obtener: Austria, Dinamarca, Suecia.¹

Si, por una parte, conocemos bastante bien los variados aspectos de los tejidos prehistóricos, por otra parte nos es, por ahora, imposible, aún con el mayor esfuerzo de imaginación, el saber cómo eran los vestidos empleados en la edad de la piedra pulida. Los fragmentos de telas encontrados en los lagos suizos son de dimensiones demasiado reducidas. Vogt señala el hallazgo de un complemento de vestido, recogido en Robenhausen; se trata de un resto de bolsillo: un tejido de trama fina cosido sobre una tela de trama gruesa.

En cambio estamos mejor documentados (debido a los hallazgos efectuados en Dinamarca, especialmente) sobre los tejidos mismos y sobre su empleo en la edad del bronce.

Sobre las esplanadas lacustres de esta edad, llamada del bronce, se desprende que, entonces, el lino se empleaba relativamente menos que en la edad de la piedra pulida. Fué remplazado por la lana. Esto es, por lo menos, lo que parece resultar de los informes obtenidos hasta ahora. En este momento de la prehistoria, la cría de la oveja, que parece haber sido bastante moderada durante el periodo neolítico, se había intensificado. Abundantes rebaños suministraban su vellorino. Quizás sea también debido a que nuestros antecesores encontraron que el esquila de las ovejas exigía un cuidado menos asiduo que el cultivo del lino — desmonte, labranza, cosecha, y además todos los trabajos preparatorios para hilar esta fibra vegetal.

La Europa septentrional nos ha dado a conocer algunos ejemplares de esa edad del bronce, pero no sólo de telas, sino también de vestidos confeccionados. Lo que no sabemos es, si sobre las esplanadas lacustres de Suiza los vestidos eran del mismo corte y según el mismo ajuste que los del Norte del continente. Quizás un día un nuevo descubrimiento feliz (imposible de prever) nos permita ser más explícitos sobre la manera de vestir de nuestros antecesores prehistóricos. Tengamos paciencia mientras tanto...

EUGÈNE PITTARD.

¹ El Sr. profesor Vogt ha tenido la amabilidad de autorizarnos a reproducir algunos de los clichés que representan muestras de los tejidos estudiados por él mismo, acompañados de los detalles empleados para su confección al lado de cada una de las piezas representadas. En este lugar, tenemos empeño en expresar nuestro sentido agradecimiento por el sentimiento de confraternidad científica que se nos ha demostrado.